



OU/1605

# IDEA DE LA FILOSOFIA Y SUS SISTEMAS.

## DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL BEDEL DEL AULA DE FILOSOFIA

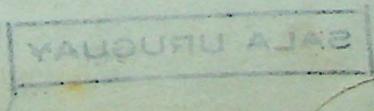
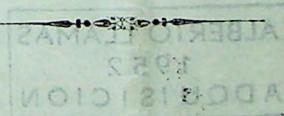
D. ADOLFO ALSINA,

EN LOS EXAMENES JENERALES DE ELLA.

RENDIDOS EN LA UNIVERSIDAD

El 8 de Enero de 1850.

C, 300,000.



IDEA DEL MUNDO

Y SUS ESTAMPAZOS

EDICIONES

PRONUNCIADO POR EL AUTOR DEL LIBRO DE FILOSOFIA

D. ALBERTO LLAMAS

EN LOS EXAMENES INFORMATIVOS DE ELLA.

REPRODUCCIONES EN LA UNIVERSIDAD

6684 96 550 96 8 B

ALBERTO LLAMAS  
1952  
ADQUISICION

EDICIONES

Imp. del "Comercio del Plata."

SALA URUGUAY

Sr. DR. DON VALENTIN ALGINA.

Amigo y mi Sr. mu-

El discurso de su hijo Dñ. Adolfo en los económicos de Filosofía, es á mi juicio, una obra que revela no solo una capacidad distinguida, sino mas aún, un estudio serio de la materia á que se contrae.

Reduciendo todos los sistemas filosóficos á tres grandes clases, los recorre sistemáticamente con exactitud; examina las principales ideas que les han servido de base, y comparándolos entre sí, aplicando á todos las reglas de una severa crítica, los juzga con imparcialidad y con acierto.

Como ensayo oratorio, manifiesta también talentos especiales. En una materia que exige sobre todo claridad; y en un discurso académico que demanda la combinación de aquella con una rigurosa precision, ha cuidado con esmero de una y otra, sin desatender la belleza del lenguaje. El discurso de Dñ. Adolfo será leído con interés aun por los que no han hecho un estudio especial de la Filosofía.

Vd., amigo mío, es bien competente; y si su juicio no difiere en mucho del mío, creo que se haría un servicio á nuestra juventud publicando este primer ensayo.

El público será indulgente, pues que no puede menos que interesarse en los progresos de la generación que nos ha de reemplazar.

Los jóvenes redoblarán sus esfuerzos, cuando vean que se sabe apreciar.

Consideré Vd. esta indicación solo como de un hombre todo consagrado á la juventud, y como de un amigo y seguro servidor.

Luis J. de la Peña.

COLEGIO NACIONAL, ENERO 18 DE 1850.

Mr. D. Mr. L. and

Mientras los **spiritus exclusivos** se despedazan no faltan de brotes de cuando en cuando algunas tentativas de eclectismo, que preparan para el futuro una conciliación general.

GENEZ

SEÑORES,

Impelido por un deber, á la vez que por un sentimiento de gratitud y respeto, presento á vuestro examen el presente trabajo.

Mi objeto, al emprenderlo, ha sido trazar, ligeramente, la marcha del espíritu humano en la solución del problema filosófico, manifestando los escollos en que mas de una vez encalló, estraviado por una análisis imperfecta.

Pero, antes de hacerlo, he creido útil, sino necesario, proponerme una cuestión previa. *¿Qué es la Filosofía, ó mas bien, cual es su objeto?*

Si consigo resolverla de un modo intelijible, ya tendré al menos una luz que me alumbe, una base inmóvil sobre que asentar todo el edificio de mis ideas.

La definicion de aquella, generalmente admitida, es; **La Ciencia de los Principios.** Esta definicion, demasiado vasta, hace de la filosofía una ciencia universal, ó en otros términos, la Ciencia de las Ciencias. En efecto, *¿qué es ciencia* sino un conjunto de principios ordenados en sistema? En la filosofía es donde van á buscarse los principios generales, la razon, el porqué de las cosas, y el método universal que ha de seguirse, séa cual séa la ciencia que se estudie. La verdadera filosofía trae consigo la reforma de las leyes, la suavizacion de las costumbres y el cultivo de la inteligencia; al paso que las luces que constantemente derrama, hacen desaparecer las tinieblas de la supersticion e ignorancia, operando mil cambios en el mundo intelectual, y, por la fuerza de las cosas, en el mundo político.

Aun cuando la filosofía fuese tan solo una quimera que sirviese únicamente para descubrirnos el abismo de nuestra propia ignorancia, no por eso dejaría de ser cierto que, si no es una ciencia, es al menos, la investigacion de la ciencia. Ademas, los abusos y los errores de la filosofía, no justifican los ataques de que es objeto; porque atacar la filosofía, es atacar la razon, y el que razona contra ella, no hace sino filosofar.

Bacon, ese padre de la filosofia moderna, la dió un nuevo giro, un impulso cuyos efectos se hacen sentir todavia, y analizando aquella definicion demasiado jeneral, dijo, que el objeto de la filosofia, era el conocimiento del hombre como introduccion al de la Naturaleza y de Dios. *¡Qué mas podemos aspirar á conocer?* Todos nuestros conocimientos pueden reducirse á uno de esos tres grandes principios, y cada ciencia, tomada aisladamente, no es sino un gajo del tronco comun,—la Filosofia. Las ciencias, de cualquier género que sean, sin la filosofia, no pueden aspirar á la perfeccion, porque, como justamente se ha dicho, la filosofia completa la ciencia.

La definicion de Bacon, á mi modo de ver, comprende todo el definido; hace del pensamiento humano el instrumento y al mismo tiempo el objeto, para despues elevarse sucesivamente al conocimiento del mundo esterior y de la causa primera.

Hobbes, el lógico mas rigoroso que jamas haya existido, profesó que el objeto de la filosofia era todo cuerpo concebido como susceptible de producir un efecto, y de ofrecer una composicion y una descomposicion. Esta definicion, como se vé, materializa la filosofia y limita su estendida misión al simple exámen de los objetos materiales. Dificilmente puede conciliarse con la doctrina de Bacon, el cual considera la inteligencia, que es una sustancia simple é indescomponible, como el primer objeto de su estudio. Esa definicion, digna por cierto de un materialista exclusivo, usurpa al espíritu el privilegio del pensamiento para dársele á la materia. Meditemos un momento las consecuencias fatales á que nos arrastraria ese principio—el materialismo en sicología, el fatalismo en moral, el despotismo en política—y, en vista de ellas; rechacémoslo.

La definicion de la filosofia ha sido origen de vivas cuestiones. Ella, por lo vasto de su alcance, es mas difícil de definir bien que ninguna otra ciencia. Si la filosofia, como se ha dicho, es el compendio de las ciencias, tenemos que buscar una definicion que comprenda la idea tan jeneral de compendio de las ciencias; una definicion que encierre al menos una idea estensiva ó aplicable á todas ellas. Si yo fuese capaz de expresar en pocas palabras el sabio sistema de Descartes, habria formado una definicion completa. Mi definicion seria: *La ciencia que, partiendo de la propia existencia, abraza todas las verdades y las sujetas á exámen.*

En esta definicion, al menos, dominan las tres ideas jefes de Descartes. Su principio fundamental, *Yo pienso, luego existo*; su idea de hacer estensible su doctrina á las demas ciencias, entre estas la física y el álgebra; finalmente, su método de analizar, comenzando por la duda.

Hé ahí las tres grandes bases del sistema de Descartes. Permitánseme ahora algunas reflexiones en apoyo de la anterior definicion. La filosofia antigua se estravió por el mal punto de partida que dió á la ciencia, y por el método errado que siguió en la solucion del problema—el principio de las cosas.—Tomó por punto de partida el mundo físico, y haciendo abstraccion del ser inteligente, buscó en la naturaleza el secreto de la creacion. Su método fué errado, su análisis imperfecta; y, para convencernos de ello, no tenemos sino examinar los sistemas de los primeros filósofos. Estos, no descompusieron el todo en sus partes para volverle á unir por medio de la ciencia. Hicieron una tentativa, pero fracasaron en la empresa; y entonces, viendo que no podian analizar el todo, contrajeron su análisis á solo una parte, y aplicaron las leyes que pudieron sacar de la observacion de cierto orden de fenómenos, solamente, al todo, jeneralizando aquellas.

Ahora pues, si venciendo la admiracion que nos causa la vista de la creacion esterna, tomamos por objeto y por punto de partida el hombre, estudiando en él sus facultades en sus diversos desarrollos, entonces si, podremos entrar al estudio de la naturaleza con la inmensa ventaja de conocer el alcance de nuestras fuerzas. Si abrimos el estudio de la ciencia tomando por principio la propia existencia, tendremos una base sólida e inmóvil sobre que asentar el cuerpo del edificio, sin temor de que desplome por grande que sea la altura á que le alcemos.

Si sacando á la filosofia del terreno estrecho de cuestiones sin trascendencia que tanto han debilitado su energía, hacemos que su misión no se limite á conocer el principio de las cosas sino, á que sea el complemento de toda ciencia, habrémos hecho de ella una ciencia universal, habráse realizado la idea de Descartes.

Finalmente, si en vez de admitir los principios sean cuales sean sus consecuencias, nos armamos de la duda filosófica, para no admitir sino la evidencia; si en vez de lanzarnos á generalizar analizamos el todo, le desmenuzamos, y reuniendo las leyes diversas que nos haya suministrado el examen de las partes, las aplicamos al todo, habrémos resuelto el problema, ó, cuando menos, habrémos dado en su solución, un paso gigantesco.

Al formular yo aquella definición que, lo confieso, no es mia, exclusivamente, sino el desarrollo ó conciliación de otras definiciones buenas que he encontrado, mi objeto ha sido dar principio á este ensayo después de haberme formado una idea exacta, al menos para mi, de lo que entiendo por filosofía.

En cuanto al origen de la filosofía, se pierde en el laberinto de los tiempos fabulosos. Aunque no podamos fijar determinadamente, cuando y donde se emprendió su primer ensayo, es evidente, que antes de que el cristianismo comenzase á derramar sobre la tierra las semillas de la fe, ya había filosofía, y que, al menos en la Grecia, ya la había también en el siglo 9.º antes de la redención del mundo.

En efecto, ¿qué otra cosa era Licurgo dictando á los Espartanos leyes benéficas, sino un Lejislador-Filósofo? ¿Cómo llegó á formar un Código que hizo la felicidad de Esparta, sino estudiando en la inteligencia humana el alcance de sus fuerzas para ver lo que podía, y sus necesidades para ver de satisfacerlas.

Pero recién á mediados del siglo 7.º (antes de Cristo), vemos aparecer dos grandes genios, cada cual proclamando su sistema, el uno en Italia y en Asia Menor el otro.

Como ya he indicado, antes de pasar á trazar la marcha de la filosofía, creí necesario decir lo que es la filosofía misma. Paso ahora á ocuparme de aquella en sus diversos desarrollos.

Apenas empieza el hombre á tener conciencia de que existe, un solo sentimiento, una sola idea, le absorbe todo entero. El ejercicio de sus facultades dà principio por la religión, por la fe. El examen de la naturaleza tan grande, tan magnífica, robustece las creencias religiosas que le han sido infundidas por el testimonio de las personas encargadas de edificar su espíritu. En esta edad, la fe religiosa lo admite todo, nada rechaza, y todas las maravillas de la creación le sirven de pábulo. La palabra de uno de sus allegados obra en él con tanta fuerza como el testimonio universal sobre el pensamiento de aquellos que no lo admiten hasta después de haberlo sometido al examen de la razón. La existencia de un Criador es para él tan evidente como la de su propio individuo. Estasiado, con-

templa cuanto le rodea, y en cada objeto no vé sino la imájen de esa fuerza que es spontaneamente adorá. Para él, todo es Dios, Dios es todo; es la causa jeneral y exclusiva de todos los efectos que percibe.

Cuando la reflexion, esa luz divina, empieza á derramar sus reflejos en el espíritu humano, emprendiendo la reforma de las ideas adquiridas, arrebata al pensamiento de su primer éstasis, y el paso inmediato de este en la senda de su emancipacion, es el exámen de esa fuerza que antes habia adorado, obedeciendo tan solo la voz de la naturaleza.

No se contenta con decir, Dios existe, sino que quiere tambien penetrar el como de su existencia. No se satisface con que le digan, Dios es sabio, Dios es Todo Poderoso, sino que quiere una prueba que le convenza. Ocurre á la naturaleza, la consulta, y esta le suministra una irrefragable. Entonces, con el corazon lleno de fé, dice como Voltaire:

*... et je ne puis songer  
Que cette horloge existe et n'ait point d'horloger.*

Pero hasta aqui he considerado al espíritu como alumbrado tan solo por los reflejos de la razon. Sigámosle en sus pasos ulteriores, cuando esa facultad jeneral, enteramente desenvuelta, entra en el dominio absoluto del pensamiento. En este estado, todo su ser sufre una modificacion inmensa, naciendo, puede decirse, á una nueva vida. El exámen y la reforma de los conocimientos que tenia, á la vez que la adquisicion de otras verdades, entibian la fé al paso que fortifican el pensamiento; ponen en duda las verdades que tenia, y rechaza todo testimonio que sea contrario á su razon.

Con esta emancipacion completa del espíritu, comienza la vida de la filosofia.

Los primeros filósofos, elevándose del seno de la religion y teolojia, echan la vista en derredor, y la presencia del mundo esterior fisico, los deslumbra, los absorve con su grandeza. Hacen á un lado su propia existencia, y contraen todas sus facultades al misterio de la naturaleza. Cada uno le esplica diversamente, pero todos, de un modo ininteligible. Los elementos, el agua, el aire, el fuego y hasta las combinaciones intelectuales del cálculo, vienen á ser otros tantos principios de la existencia universal.

Advertidos entonces por la esterilidad de sus esfuerzos, abandonan un punto de partida que los arrastra fatalmente de error en error, de confusion en confusión, y hacen del hombre el centro de los estudios filosóficos. Entonces es que comienza la verdadera filosofia. Sin embargo, esto no bastaba: la alteracion del punto de partida de nada servía, si no iba inmediatamente acompañada de la del método.

Hasta aquí, no he hecho sino presentar sintéticamente la marcha del espíritu humano. Paso ahora á analizarla, y este análisis nos presentará un cuadro aproximado de esa multitud de sistemas que, á pesar de haber tenido por jefes jénios ilustres, en vez de tender al objeto comun—la solucion del problema—no han hecho mas que despedazarse en luchas encarnizadas, sobre cuestiones puramente secundarias.

Entre las diversas ideas que adquirimos por medio de esas tres grandes fuentes de todos nuestros conocimientos—los sentidos, la razon y la conciencia—las

sensibles son las primeras, siguiendo el orden natural de jeneracion. Estas, pue-de decirse, estan en el umbral de la alma, y, por esta razon, son las primeras que despieritan la actividad del espíritu, dando orijen su estudio á un sistema de filosofia sensualista.

Los representantes de este sistema adoptaron por divisa el siguiente principio: *Todos nuestros conocimientos nos vienen por los sentidos.* Este principio, bien examinado, es incontestable. En efecto: si nos remontamos al orijen de todas nuestras ideas, veremos que todas nos vienen por medio de los órganos. Esto es tan exacto que, si nos imaginamos un hombre destituido de órganos,tendremos que reconocer que seria totalmente incapaz de tener una sola idea, lo cual no sucederia por cierto, dado el supuesto de que haya algunas ideas que no nos vengan por los sentidos. Contra esta doctrina se levantó con fuerza el idealista Platon, preguntando á sus adversarios por medio de que sentido ó sentidos habian llegado á formarse las ideas abstractas y jenerales de belleza, infinito, &c. La respuesta es clara. Por medio de los mismos sentidos porque nos vienen las ideas mas sensibles. La idea jeneral que tenemos de belleza la hemos fundado sobre el conocimiento primitivo de un objeto cualquiera bello; y la experienzia nos dice que ese primer conocimiento nos ha venido,no de una *facultad superior*, sino por medio de los órganos que dan paso al objeto para que llegue al alma; pues es totalmente imposible el tener la idea jeneral de belleza, sin haber visto antes algun objeto bello; asi como la idea de infinito, sin haberla fundado sobre un objeto finito,considerandole á este como estendiéndose hasta que no se le hallen límites.

Asi pues, como se vé, los jefes del sistema sensualista basaban su juicio, sobre los datos de la razon, y mas que todo de la experienzia; mas sus discípulos partiendo de un principio bueno, le desnaturalizaron, y, estraviados por un análisis imperfecta, le sostituyeron este: *Los sentidos son los únicos medios de conocimiento, y son materiales, luego todo es materia.* Palpable es el error de esta doctrina funesta. Todas las relaciones que percibimos nos vienen por medio de los sentidos, es verdad; pero no son los sentidos, no es la materia la que las percibe, sino el pensamiento simple é inmaterial.

Entre los filósofos de la escuela moderna, Condillac, es el que ha sostenido con mas acierto la doctrina de un sensualismo discreto. Lógico rigoroso, llega, por medio del análisis, pausada pero seguramente, al establecimiento de aquella; y moderado en sus juicios, considera los sentidos como los medios de adquirir toda clase de ideas, y al espíritu como al agente que las percibe, y que, para conseguirlo, pone en accion aquellos medios que no son otra cosa que su instrumento.

El sensualismo, en manos de los discípulos y sucesores de sus primeros representantes, dejeneró rápidamente, por la fuerza de las cosas, en dos principios exclusivos, en dos fuentes inagotables de errores y de crímenes—el materialismo y ateísmo.—El primero puede considerarse como la causa del otro. Pasemos á examinarle: y aunque á primera vista parece que este principio, *Todo es Materia*, no es contrario á ningun dogma social ni religioso, veremos que, llevado al extremo, encierra mil jérmenes de disolucion, y nos arrastra fatalmente á la adopcion de doctrinas reprobadas y condenadas por la razon y por Dios.

Entre las varias pruebas de la inmortalidad del alma, su inmaterialidad, en mi opinion, es una de las mas fuertes. El materialista, una vez asentado este principio *Todo es Materia* llega sin dificultad al establecimiento de este otro—*Con el*

*aniquilamiento del cuerpo todo muere. No contento con esto prosigue: Si la muerte corta aqui en la tierra el hilo de toda existencia, si no hay inmortalidad, ese Dios que nos pintan como la esencia de toda justicia y bondad, es un Ser engañoso e injusto: engañoso porque en el sepulcro todo acaba, y él nos prometió una vida futura; injusto porque permite que, en esta vida, la maldad y la mentira imperen sobre la virtud y la verdad; injusto tambien, porque consiente que el crimen quede impune, que la inocencia sea perseguida, y que el hombre corra anheloso tras una felicidad futura que no es otra cosa que un fantasma.*

Pero, como la idea de Dios ó de una Causa primera es incompatible con el engaño y la injusticia, el materialista añade; ó Dios existe y es un ser malo y despreciable, ó su existencia es facticia e imaginaria. Hé ahí los dos estremos, los dos abismos á que nos ha arrastrado la fuerza de un principio monstruoso, en manos de hombres mas monstruosos todavia. Si admitimos el principio, aquel dilema nos cierra toda salida, nos pone en la terrible alternativa de pasar por uno de sus estremos, por absurdos que ambos sean.

El primero de estos no tuvo sectarios, por cuanto es el colmo del absurdo el venerar, el adorar un ser que tiene por atributos, no ya la bondad y la justicia, sino la maldad y el engaño.

El segundo, desgraciadamente, reunió en torno de sí una multitud de sectarios sin conciencia, designados por el bueno con el nombre siempre execrable de ateístas. Aunque la naturaleza de este ensayo solo me permite enumerar los sistemas, las grandes ideas filosóficas, no puedo prescindir de detenerme al llegar al ateísmo, tanto mas, cuanto que, como al principio he dicho, me propongo tambien trazar el cuadro de los estravios del espíritu.

Sin entrar á resolver la difícil cuestión de si hay, ó al menos, si ha habido, ateos verdaderos, baste decir que estos, en el orden moral, son lo que los monstruos en el orden físico; pensar de otro modo seria calumniar la humanidad entera y al mismo tiempo al que la crió; porque seria suponer que Dios, que pide de nosotros amor y veneración, habia lanzado en nuestros pechos una semilla que, desarrollándose, nos inspira, en vez de respeto, odio hacia él.

Pero, por desgracia, ¡cuán injusta ha sido y arbitraria la acusación de ateísmo! No basta tener ideas inexáctas de la Divinidad para poder ser colocado con justicia en la lista de los ateos: si los errores sobre los atributos de Dios constituyen una rama de ateísmo, el género humano todo seria ateo, porque la inteligencia humana es incapaz de descorrer el velo que cubre el misterio insondable de la esencia del Criador. En un tiempo de superstición y de tinieblas, á esta palabra terrible, Ateo, el pueblo se estremecía, el sacerdote preparaba sus anatemas, y el magistrado encendía la hoguera. Hoy, felizmente, nuestras costumbres se van suavizando, la civilización progresa, la tolerancia va siendo un dogma universal; la historia moderna no se vé ya en la dura necesidad de salpicar sus páginas con los relatos sangrientos de persecuciones religiosas, y el ateo muere tranquilo en su lecho, agitada su conciencia por el remordimiento del crimen, mas sin temor de que la hoguera sea la que usurpe á Dios el derecho de castigarle. La tolerancia en este punto es tanto mas necesaria, cuanto que, preciso es confesarlo, la historia nos ofrece mil ejemplos de hombres virtuosos que han sido víctimas de una acusación injusta de ateísmo, y perseguidos ante los tribunales como apóstoles de doctrinas subversivas.

Sócrates, por haberse elevado sobre las preocupaciones vulgares, reconociendo un Dios supremo, autor y conservador del Universo, se atrae el odio de los sacerdotes atenienses, quienes le acusan de impio; por haber proclamado el dogma de la inmortalidad y hecho patente el absurdo de los misterios de Céres, es arrastrado ante el Areópago, y sus enemigos, hostigados por la envidia, arrancan de aquel tribunal supremo su sentencia de muerte, condenándole á beber la cicuta por crimen de ateísmo.

Galileo, por haber adelantado una nueva idea, por haber dicho tan solo que la tierra es la que gira al rededor de un centro, fué condenado como impio.

Si dejando al individuo pasamos á las naciones, encontraremos que, se ha llegado hasta poner en la lista de los ateoſ á los pueblos bárbaros porque no tenian idea ni de la transubstanciacion ni de la donacion divina de Roma á San Pedro; encontraremos tambien que se ha calumniado á una de las naciones mas respetables de la Europa moderna, haciendo de su capital el foco del ateísmo, só pretesto de que habia producido á los Bolinbroke y á los Shaftesbury.

En la historia de Grecia el primer ateo célebre que se encuentra es Critias, uno de los treinta tiranos de Atenas; él profesaba que las leyes religiosas no tienen otro oríjen que una invencion piadosa, y que no hallando los primeros lejisladores en sus instituciones, ningun freno contra los crímenes secretos, inventaron á Dios e imajinaron la Providencia.

Pero el ateo mas osado de la Grecia fué indudablemente Diágoras. No decía como la jeneralidad de los escépticos, *Dudo que haya Dios*, sino, *un Dios es un ser imposible*. Instruido el Areópago de la disolucion con que amenazaba á la sociedad ese dogma terrible proclamado con altivez y descaro, puso á precio su cabeza.

Aunque el intervalo que media entre este sofista y Hobbes, es largo y fecundo en célebres ateos, tales como Lucrecio, Foe, Vanini y otros, pasaré á ocuparme de algunos de los modernos comenzando por Hobbes.

Este hombre extraordinario, de quien ya he dado algunas noticias bastantes para caracterizarle, dió á la filosofia, este principio por base. *Yo pienso, luego la materia puede pensar*. Segun él todo se ejecutaba por las leyes mecánicas, y la materia por su sola energía, habia producido y conservado el sistema de los seres. Sus axiomas políticos,—que la naturaleza ha dado á todos el derecho á todo, aun á la ofensa, y que no hay diferencia entre lo justo y lo injusto,—destruyen esencialmente la moral del género humano.

La Mettrie, puede considerarse como uno de esos muchos ateos falsos e inconsecuentes. Empleó toda sus vida en aniquilar á Dios en sus escritos, al paso que, en la intimidad, confesaba á sus amigos que creía en su existencia.

El Baron d'Holback, en su sistéma de la Naturaleza, derrama toda la hiel de un ciego exceptisimismo. Dice que la materia no pensante produce necesariamente el pensamiento, y que desde que el vicio hace feliz al hombre este debe amar el vicio. En fin, en la opinion de un autor célebre, su libro, sin gusto y sin lógica, no debe su celebridad sino á su audacia.

La estrechez del espacio en que tengo que cenirme, me ha hecho pasar por alto á los Diderots, á los Helvecios y Spinosas. Entre todos los que he nombrado dudo haya dos que puedan clasificarse de ateos; verdaderos pero, sea como sea, asi los ha juzgado la opinion jeneral, y aunque sea difícil fallar de un modo abso-

Iuto en materia de ateísmo, el autor de la *Philosophie de la Nature*, dice, *Que es ateo verdadero el pensador atrevido que atribuye el origen y la conservacion de todo, á la combinacion de los elementos; el que no distingue la Providencia del movimiento de la materia, y el que sujetta todos los seres al yugo imperioso de la fatalidad.*

Antes he dicho que las ideas metafísicas y generales se fundan en el conocimiento primitivo de un objeto físico y particular. Pero, como también he indicado, varios filósofos, y con especialidad Platon, crean una nueva facultad, razón que no debe confundirse con la general de conocer, á que dan el privilegio de percibir las verdades metafísicas.

El estudio de estas ideas, que sigue al de las sensibles, da origen á un sistema de filosofía espiritualista.

Aunque á la cabeza de este sistema, origen también de mil errores, se coloca á Platon con alguna justicia, sin embargo, preciso es confessar que en manos de este no fué un sistema exclusivo. Digo que no fué exclusivo, pues que, aunque en sus meditaciones filosóficas hacia abstracción de los sentidos para contraerse á las facultades superiores de la inteligencia, jamás consideró al espíritu como la sustancia única de nuestra existencia, sin embargo de que todo lo espiritualizaba remontándose á las rejones mas áridas de la metafísica, para explicar, tanto el misterio de Dios y de la inmortalidad, como las verdades mas materiales y evidentes á los sentidos.

Pero, con su sistema, sucedió lo que con el sensualismo, pues sus discípulos arrastrados al exceso por ese espíritu ciego de sobresalir á sus maestros, aun en sistemas errados, le hicieron degenerar en un idealismo exclusivo, es decir,—la negación de la materia y del mundo.

Difícil me sería elejir entre el materialismo como consecuencia del sensualismo, y el idealismo como resultado necesario del espiritualismo. Ambos conducen á un mismo extremo, con la diferencia de que el idealismo lo hace con mas disfraz que su rival el materialismo. Creo inútil ahora, detenerme en argumentos para refutar este principio del espiritualista exclusivo. *Todo es espíritu.* Lo daré por sentado, y le seguiré en sus desarrollos, para probar su imposibilidad por el absurdo. Esta clase de prueba es incontestable; no me valdré del silogismo; mi argumento será este: *No es así, porque sería absurdo que fuese.*

Si alguna idea puede tener nuestra inteligencia del espíritu no es otra que la que tiene de la nada. Para nosotros la nada, tal cual la concebimos, es lo que estándose al alcance de nuestros sentidos estos son incapaces de percibir. Así pues, nuestros sentidos, por el hecho de atestiguarnos algo al mismo tiempo que nada existe, nos engañan, nos dan la idea del ser, sin que el ser exista. Si la naturaleza que nos rodea es un fantasma, no lo es menos el hombre que, al paso que la domina, no es mas que uno de los elementos que la componen. El espiritualista exclusivo toma por un axioma lo que, bien analizado, no es sino una figura algo atrevida de los poetas. *La vida dicen estos, es un sueño,* y el espiritualista lo adopta, sin recordar que hasta el mismo sueño supone un ser que sueñe—una existencia. Pero para hacerse una idea de este escepticismo llevado á la demencia, medítense los siguientes delirios de Pirron y de Zenon, reducidos á sistema por Berkely el visionario.

*Filosofos empíricos dicen que el calor y los colores estan en los cuerpos,*

es un error, no son sino modificaciones de vuestra alma. Y, pues que vuestras sentidos os engañan cuando os aseguran que el cuerpo que tocáis es frio, colorado, ú odorífero, del mismo modo os engañarán cuando os dicen que es estenso; es así que la estension constituye la esencia de la materia, luego la materia es un ser de razon, y nada mas. Todos los seres que percibimos no son otra cosa que nuestras propias ideas. En cuanto á eso que llaman Universo, es puramente ideal, y la simple armonia de nuestras ideas es lo que se designa con el nombre de Naturaleza.

Imposible es concebir como hombres dotados de talento, si el buen sentido no basta, pueden haberse hecho los apóstoles de un dogma tan repugnante á la razon. Imposible es, igualmente, poner en parangón la doctrina del filósofo que dogmatiza á sangre fria sobre las verdades que percibe, y el absurdo del pírronico que, viendo claro y caminando con libertad, asegura que no vé, que no camina, contentándose con razonar sobre la vista y el movimiento, sin recordar que, la vista por ejemplo, supone en primer lugar, un agente que vea, y despues, un objeto cualquiera sobre quien se ejercente la accion de aquel.

Pero mi objeto es, solamente, probar que el espiritualismo nos conduce al absurdo. En efecto, ¿como llegamos á la idea de un ser misterioso, infinitamente superior á nosotros en poder é intelijencia, sino leyendo en el libro que, siempre abierto, siempre intelijible nos presenta la Naturaleza? ¿Cómo llegamos á la idea de un Criador universal, sino escuchando la voz de la conciencia que interpretando la de la razon nos dice, que no puede haber creacion sin un criador, que no puede haber efecto sin causa que le produzca?

Ahora pues, los que quieren convencernos de que no hay ni tal naturaleza, ni tal creacion, ni tal efecto, blasfeman, pues que, implicitamente nos dicen, no hay tal Criador, no hay tal causa, no hay tal Dios en fin.

Creo pues que el principio que á tal abismo nos arrastra, queda destruido por si mismo, sin que puedan nada en su favor ni los sofismas del escéptico, ni las blasfemias del impío.

De estos estravios, aunque sensibles, podemos sacar sábias lecciones para el futuro; y el filósofo puede volver á reconstruir el edificio con mas solidez y seguridad, desde el momento que sabe, para que asi pueda evitarlos, donde estan los escollos de la ciencia. No sigamos al escéptico: no digamos como él: *No se ha podido encontrar la verdad, luego la verdad no existe.* Digamos por el contrario: *No se ha podido encontrar, pero se encontrará.* Rechacemos ese sistema mil veces funesto, que dā al hombre por atributo la incapacidad de comprender. En nosotros la afinidad con la verdad es un sentimiento innato; y Dios, sin injusticia, no podia haber instituido en nuestros corazones el amor de la verdad, si fuésemos incapaces de encontrarla, y mucho mas, si no existiera.

Creo haber demostrado que los sistemas exclusivos conducen al absurdo. No podia ser de otro modo: los estremos, en toda materia, son nocivos; tomemos un término medio entre el sensualismo y el espiritualismo; analicémoslos tomando de cada uno todo lo bueno que encontramos, y formemos con estos diversos elementos un sistema mixto, operemos una fusion.

Tal ha sido la misión filosófica de Bacon y de Descartes—el eclectismo ó la conciliacion de los sistemas.

En todos los sistemas exclusivos, se encuentran algunas grandes ideas, algu-

nos grandes pensamientos de que puede aprovecharse el filosofo moderno, reuniendo á sus propias luces las de aquellos. Tales y Pitágoras se estraviaron, cierto es, pero son acreedores á la veneracion de los sabios, tanto por haber tomado la iniciativa de la ciencia cuanto por haber legado á la filosofia moderna ideas que no han perecido en el transcurso de los siglos.

El eclectismo, segun M. Cousin, consiste en sacar de cada sistema todo lo que haya de verdadero, y en componer con sus elementos una filosofia superior á todos los sistemas, no tal ó tal filosofia, sino la filosofia misma en su esencia y en su unidad.

Veamos ahora como llenaron su mision conciliadora aquellos dos grandes genios, comenzando por Bacon.

Bacon abre la era de una regeneracion filosófica, y opera un gran cambio en el estudio de la filosofia, mudando no solo el método sino tambien el punto de partida. El estado vicioso en que halló la ciencia al emprender su estudio, le hizo conocer la necesidad de una reforma total, y de reconstruir el edificio filosófico hasta en sus mismos cimientos. Censura los métodos empíricos que no generalizan, á la vez que los que se lanzan en generalizaciones atrevidas sin haber recorrido previamente los grados intermedios con la ayuda de la inducción. Recomienda la observacion de los hechos y la inducción que los generaliza discretamente; la comparacion de los mismos poniéndolos en orden y notando sus analogias, para llegar, por medio de una abstraccion gradual, á las leyes mas generales. Rechaza absolutamente el silogismo, entre otras razones, por quanto solo sirve para bajar de lo general á lo particular, no asi la inducción que, de la observacion de cierto número de fenómenos, nos hace subir, con mas seguridad, á un principio que sirve de ley jeneral para otros hechos y hasta de base para toda una ciencia. Su sistema se resume en tres palabras: Observación, Experimento, é Inducción.

Los sabios entonces, adoptan su método, aplicándolo cada uno á la ciencia que ejercita. Hacen de aquellas tres palabras otras tantas condiciones esenciales del éxito de sus esfuerzos, y las ciencias, alumbradas por esta nueva luz, marchan de progreso en progreso, de descubrimiento en descubrimiento. La influencia feliz del método de Bacon sobre las ciencias fisicas, sobre todo, fué inmensa: pero aplicado al espíritu humano, no pudo menos que engendrar el materialismo. No se crea por esto que Bacon era uno de esos filósofos exclusivos que hacian del espíritu y de la materia dos sustancias tan mortalmente enemigas que no podian constituir en hermandad las partes de un mismo todo. No: pero habiendo procurado con especialidad fundar la ciencia en la interpretacion de la naturaleza, profundizando cuanto pudo el estudio de esta, su sistema, en manos de Hobbes, su discípulo, dió con el materialismo.

Descartes, del mismo modo que Bacon, emprende la reforma de la filosofia. Conociendo que era esclavo de una multitud de preocupaciones peligrosas al saber, se propone deshacerse de ellas y modificar todos sus conocimientos no apoyándose sino en reglas seguras. Con este fin, estableció cuatro reglas de lógica fundamentales, pero no contento con imponer reglas á sus juicios, quiso tambien someterse en sus acciones á ciertas máximas morales que tambien formuló. En seguida, se contrajo á pasar por un exámen rigoroso todas sus ideas, reformando unas y desecharndo otras enteramente de su espíritu. Dudaba de todo, pero no por el simple placer de dudar, como el escéptico, sino como un medio de llegar á

la ciencia. Advertido Descartes por los estravios de sus antecesores, quiere convencerse de que todo es falso, y que la duda es el antecedente necesario de la adquisicion de toda verdad; pero en medio de esa duda universal convéncese de que, por mas que quiere, su escepticismo sabio y momentáneo no puede negarse á creer que el pensamiento es algo; y asienta esta primera verdad: *Yo pienso, luego existo*, fundándose en que para dudar es preciso pensar, y para pensar existir. Asentado ese principio, hizo de él la base de toda su filosofia: base, por cierto, robusta é inalterable.

En efecto: bien pueden los espíritus propensos al escepticismo proclamar las doctrinas mas absurdas, y negar las verdades mas palpables como el mundo fisico y la existencia de Dios. No hay que estrañarlo. Semejantes doctrinas son el resultado necesario de la organizacion humana. El hombre, dotado de un espíritu investigador, penetrante, se lanza á explicar verdades que en razon de lo limitado de nuestra inteligencia son misterios, y si no dá con el *como*, lejos de reconocer el hecho, lo niega con audacia. Estos pretendidos filósofos, negando, no lo que es absurdo, sino lo que es superior á su inteligencia, violan una de las reglas fundamentales de toda buena filosofia. Pero no sucede lo mismo con la propia existencia. Sea cual sea el estado de nuestra alma, sean cuales sean las vicisitudes de la vida, jamas el *yo* llegará á dudar de sí mismo. Es absurdo; y pues que es absurdo es imposible.

Del estudio un poco detenido de la filosofia y de sus resultados generales, resulta á primera vista una observacion que, en mi opinion, basta para confundir á los que la han representado como una ciencia peligrosa, á saber: La guerra á muerte que han declarado casi todos los déspotas a los filósofos ó amigos de la Ciencia. ¡Qué mejor argumento en favor del filósofo! Si el déspota lo persigue es porque sabe que la proclamacion de una nueva idea, basta á veces para preparar una gran reforma, porque conoce que el saber, enemigo mortal del despotismo, oponiendo á la arbitrariedad la razon, instruye al pueblo, le alumbría, y este, sabedor de sus derechos, abjura la obediencia pasiva que degrada, para abrazar la activa que ennoblecce. Finalmente el despotismo le persigue, porque sabe que la reforma intelectual, que es la mision del filósofo, trae consigo necesariamente la reforma material.

Descartes, que no aspiraba sino á reformar su pensamiento y á sustituir el exámen racional á la autoridad, preparó, sin saberlo, el gran movimiento político de la revolucion francesa. Así debia ser. Es tan grande la influencia de las ideas, que pretender reformarlas y ajitarlas sin reformar y ajitar el mundo, es del todo imposible.

Tal es, Señores, el cuadro en que he procurado trazar, ciñiéndome cuanto he podido, los grandes sistemas, las grandes ideas que, desde los primeros filósofos, han continuado ó continuan dominando.

Hemos visto á la Filosofia antigua, dedicándose ante todo al estudio de la Naturaleza, adoptar un método errado aunque sí muy natural y legítimo por las razones que he espuesto anteriormente. En el análisis de aquel he tenido ocasion de refutar el materialismo y espiritualismo, en sí y en sus desarrollos, como falsos representantes de una filosofia degenerada; y, finalmente, he concluido enumerando los esfuerzos de dos grandes jenios por impulsar á la filosofia en la senda del progreso.



Alsina, Adolfo, 1829 - 1877. arg.

-12-

1145

Seniores, si el cuadro que os presento es imperfecto, no faltarán plumas que, mas capaces que la mía, sepan tratar este asunto con la madurez que requiere.

Montevideo, 7 de Enero de 1850.

Adolfo Alsina.

112

El cuadro en que os pido que me respondan voses señores pluma que el cuadro que os presento es imperfecto, no faltarán plumas que, mas capaces que la mía, sepan tratar este asunto con la madurez que requiere.

De acuerdo, que en el cuadro que os presento es imperfecto, no faltarán plumas que, mas capaces que la mía, sepan tratar este asunto con la madurez que requiere.

Tal es, señores, el cuadro en que os presento es imperfecto, no faltarán plumas que, mas capaces que la mía, sepan tratar este asunto con la madurez que requiere.

Hasta ayer a la noche, quedéndome sin todo el cuadro de la



30  
3, 2, 1922

